

BARBARA
EWING
Rosetta

Título original: *Rosetta*
Editado en Reino Unido por Sphere
(Little, Brown Book Group), 2005

Primera edición: febrero, 2010

© Barbara Ewig, 2005
© de la traducción: M^a Elena Toro Benítez y
Cristina Fernández Orellana, 2010
© de esta edición: Bóveda, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-936684-8-8
Depósito legal: M-44-2010
Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1975	13
UNO	23
DOS	40
TRES	54
1801	63
CUATRO	65
CINCO	67
SEIS	73
SIETE	101
OCHO	113
NUEVE	130
DIEZ	140
ONCE	157
DOCE	167
TRECE	186
CATORCE	197
QUINCE	228
DIECISÉIS	254
DIECISIETE	293
DIECIOCHO	310
DIECINUEVE	332

ÍNDICE

VEINTE	347
VEINTIUNO.....	354
VEINTIDÓS	384
VEINTITRÉS	414
VEINTICUATRO	454
VEINTICINCO	465
VEINTISÉIS	492
VEINTISIETE	498
VEINTIOCHO	515
VEINTINUEVE	532
TREINTA	539
TREINTA Y UNO	558
TREINTA Y DOS.....	564
 1817.....	 567
TREINTA Y TRES	569
TREINTA Y CUATRO.....	590
TREINTA Y CINCO	607
 EPÍLOGO	 609
 BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA	 611

*A Fatma Moussa, que me dio una clase
de historia inglesa en El Cairo.*

...Y este decreto habrá de inscribirse sobre una estela de sólida piedra en la escritura sagrada, la escritura popular y la escritura de los griegos... y perdurará en el tiempo...

La piedra Rosetta, 196 a. C.

1795

Los relatos sentimentales y los libros destinados al mero esparcimiento... deberían usarse con moderación, especialmente en la educación de las jóvenes. Esta suerte de lectura cultiva el llamado corazón de forma prematura...

MARIA EDGEWORTH
(*Educación práctica*, 1798)

Aquel verano, como era habitual, los ancianos aparecieron en la cima de Vow Hill con pequeños telescopios. Aguardaban, según decían, para ver la gloriosa flota de Su Majestad Británica asomar por el Canal de la Mancha, retornando de heroicas batallas contra los franceses y el nuevo general del que todos habían comenzado a hablar, el general Bonaparte. En ocasiones, no se veía el menor atisbo de flota; aun así, en los días despejados, los ancianos llegaban por la mañana temprano con sus telescopios para hacerse con el mejor sitio. Justo sobre las máquinas de baño.

El artilugio de baño con ruedas, ideado para transportar a las damas, había sido empujado hasta el mar. Rose y Fanny llevaban puestas unas amplias túnicas de baño cerradas por debajo de la barbilla y gorros de baño. Primero, las asistentes las habían sumergido en las tranquilas y espejadas aguas; ahora, en el hermoso y apacible día de estío, ataviadas con sus túnicas oscuras, se dejaban llevar por la corriente mar adentro. Un leve oleaje suspirante y susurrante las envolvía. Rose tenía el cabello oscuro y Fanny pelirrojo; gran parte se había escapado de los gorros y quedado atrapado en los zarcillos de las algas flotantes, cual sirenas.



El eco de sus risas y sus voces recorría la arena y ascendía hasta lo alto de Vow Hill, donde los ancianos tal vez sí, o tal vez no, habían estado merodeando.

Mucho después, Rose recordaría el día estival en que ella y su prima se habían dejado llevar por la corriente del Canal de la Mancha, donde la vedada Francia con sus continuos rumores de terror resplandecía en la distancia; y cómo el frío del agua les había cortado la respiración mientras reían, con lo que sus risas transmitían el sobrecogimiento y asombro de la alegría inesperada.

Más tarde, las asistentes de baño las sacarían del agua, las frotarían y secarían, y serían transportadas de vuelta a la orilla. Aquella noche se celebraba un baile y ambas primas, la morena risueña y la pelirroja menuda y seria, lucían una cabellera que parecía haber eludido los intentos de la doncella, Mattie, por domoñarla: los cabellos se escapaban, caían y ensortijaban en torno a sus lozanos rostros.

Algunos oficiales de Su Majestad Británica estaban presentes en el baile; los uniformes azules y rojos relucían intensamente a los ojos de las jóvenes damas. Esa noche la señorita Rose Hall, amada hija del héroe de la Marina, el almirante Arthur Hall, conoció a Harold Fallon, un joven bastante gallardo, capitán de la Marina (aún no era héroe, pero apuntaba maneras); bailaron una mazurca y luego un vivo reel escocés. Los músicos tocaban los violines, el clavecín y el clarinete, la gente reía y hablaba bulliciosamente, y el calor en la sala de verano se hizo insoportable como suele ocurrir en los salones de baile estivales, impregnándose de un creciente y penetrante olor a humanidad. Cuencos con especias, ceras aromatizadas para el cabello, perfumes y polvos disimulaban lo que podían; las damas se embozaban tras los abanicos para ocultar los problemas dentales y el aliento; todos se rociaban

generosamente con fuerte agua de colonia; los caballeros chupaban pastillas perfumadas. Pese al calor, cuando el capitán Harry Fallon (hasta el día siguiente no supo que también era el vizconde de Gawkroger) besó su joven mano, Rose experimentó —de nuevo— el inesperado sobrecogimiento que sintió en el mar, aunque hubiera sido incapaz de expresar con palabras lo que sentía. Mientras bailaban, su prima, Fanny Hall, al pasar dando vueltas a su lado, observó al capitán Fallon efectuando una ridícula y exagerada reverencia ante Rose mientras la hacía girar. A Fanny enseguida le recordó a los caballeros apuestos aunque ladinos que aparecían en todas las novelas modernas, y sabía que Rose, quien también las había leído todas, lo advertiría igualmente. Y Fanny se tapó la boca con la mano para no soltar una sonora carcajada.

Una semana más tarde, las primas deambulaban por la biblioteca circulante próxima a Hanover Square, su lugar favorito en Londres (principalmente porque allí adquirirían las novelas modernas; ocasionalmente porque allí observaban a los caballeros que frecuentaban el lugar), cuando de repente Fanny Hall, amada primogénita de un administrador de la Compañía de las Indias Orientales, casi se desvanece al contemplar a un clérigo increíblemente apuesto que había estado estudiando con meticulosidad la amplia oferta de libros, y que no olía a sudor ni a dientes podridos ni a pomada, sino, sutilmente, a lavanda.

«No me agradaría que mi esposa leyera Tom Jones», comentó. Las mejillas de Fanny (quien al igual que Rose había por supuesto leído Tom Jones, además de Pamela, Clarissa, Evelina y, evidentemente, Fanny Hill) se sonrojaron con delicadeza y tuvo el convencimiento de que aquel hombre leía a Locke, Hume, Pope y Milton. El clérigo, llamado Horatio Harbottom, sonrió a

la ruborizada Fanny, admiró con encanto su precioso pelo rojo y le ofreció el brazo para proseguir con su paseo. (Al tratarse de un hombre de Dios, dicho gesto no pareció impertinente). El reverendo Horatio Harbottom acababa de recibir en propiedad —merced a sus contactos familiares— una rica feligresía y ahora estaba buscando lo que necesitaba para su plenitud: una esposa. Tenía una voz de lo más melodiosa, una voz que hablaba de filosofía, de historia y de Dios, una aparente explosión de infinitos conocimientos para Fanny, quien de inmediato se lo imaginó espléndido subido a un púlpito destilando sabiduría. Rose se quedó rezagada fingiendo estar inmersa en un libro, pero, al observar cómo el clérigo, apuesto aunque ridículamente pretencioso, hablaba con Fanny, se tapó la boca con la mano para no soltar una sonora carcajada.

En casa de Rose, justo a la vuelta de la esquina en Brook Street, hablaron del caballero que habían conocido con Mattie, la doncella, que les preparó limonada fresca. La palabra «amor» se deslizó en un susurro. Mattie tenía diez años más que ellas y había estado casada, por lo que sabía mucho de esas cosas.

«Aseguraos de que además de amarlos, os gustan», espetó Mattie tajante. «Si no os gustan, vuestra vida podría convertirse en una cárcel». Rose y Fanny escuchaban sin entender, pues Mattie era una persona mayor. Pero pronunciaban la palabra amor con respeto, pues la habían leído con frecuencia, en las novelas modernas. No había llegado a sus oídos que muchas personas criticaban estas novelas y opinaban que eran una mala influencia para las jovencitas: las novelas triviales, se decía, eran demasiado seductoras y engañosas.

En apenas seis meses, las primas, dos jovencitas de diecisiete años y lectoras de novelas que se habían bañado en el mar en

aquella tarde de estío, fueron entregadas en sagrado matrimonio. Para comprar los vestidos de novia, la madre de Fanny las llevó a Bond Street: la maravillosa, excitante y glamurosa calle de Bond Street, con sus resplandecientes farolas, sus emocionantes escaparates nuevos de cristal, con los letreros colgantes, los elegantes carruajes traqueteando a su paso, los zapatos y la ropa (y los vendedores ambulantes, los comerciantes, los salones de boxeo, los ladronzuelos, las cloacas abiertas y pestilentes y el ruido). En Bond Street, vistieron a las dos virginales jovencitas de etéreo blanco; ambas se preparaban con desenfrenado entusiasmo, negándose en rotundo a llevar ropa interior de invierno: afirmaban que preferían pasar frío a parecer regordetas el día de su boda. Mattie, la doncella, les daba un chocolate a la taza por las noches, para calmarlas. La madre de Fanny también lo tomaba (con un chorrito de brandy), ya que se encontraba bastante alterada por la emoción de todos los preparativos. Las dos chicas se aplicaban zumo de piña en el cutis antes de irse a dormir, para prevenir la aparición de arrugas.

El enlace nupcial de Rose (con nutrida presencia de miembros de la Marina por parte de ambas familias) fue una boda de alta sociedad en la iglesia de Saint George, en Hanover Square, de donde Rose emergió como vizcondesa de Gawkroger y miembro de la en cierto modo ilustre familia Fallon de Great Smith Street. (La suegra tenía un aspecto de imperioso avinagramiento: había aspirado al menos a una princesa menor). No obstante, el acontecimiento mereció la atención de algunos periódicos londinenses, junto a comunicados de la Marina sobre las guerras contra el general Bonaparte, y la noticia de que James Preston (70) y Susannah Morton (24) habían sido ejecutados el mismo día del enlace por el asesinato de su hijo bastardo. En otros párrafos se leía que a dos caballeros que regresaban a casa en una diligencia de correo a media noche les habían robado los relojes y el dinero

cerca de Uxbridge, al oeste de Londres; y que aquellos que tomaran con asiduidad las auténticas pastillas del doctor Anderson no tendrían lombrices. También había un reportaje acerca del juicio a la condesa de Pugh, quien había huido del conde de Pugh y ahora rogaba en vano que le permitieran ver a sus hijos; el tribunal fue categórico, la ley clara: los hijos pertenecían solo al padre. En la cercana Conduit Street, la imprenta había expuesto en su escaparate una viñeta poco favorecedora del príncipe de Gales: gordo, cubierto de joyas y caricaturizado como un cerdo.

La boda de Fanny se celebró en la coqueta localidad comercial de Wentwater, donde Horatio Harbottom (cuyo tío era obispo) había obtenido el antedicho ascenso eclesiástico de pecuniarío provecho, así como una preciosa vicaría en las afueras. Era un hombre con futuro, de eso no cabía duda. Se empeñó en contraer nupcias entre sus feligreses; sabía que era su deber como vicario. La familia de Fanny se quedó atónita con la decisión de su futuro yerno —era ciertamente pasmoso que el hermano y todas las hermanas de la novia tuvieran que viajar hasta Wentwater—, pero a Wentwater hubieron de encaminarse: madre, padre y el resto de sus cinco hijos. Los contactos de Montague Hall, el padre de Fanny, en la Compañía de las Indias Orientales aseguraron una dote más que cuantiosa a la joven pareja; los parientes de Horatio se mostraron plenamente satisfechos, incluido el tío que era obispo. La familia y amigos de Fanny (particularmente su padre, que había efectuado la compra) se sintieron, empero, algo desconcertados ante la negativa del novio a brindar por la salud de su nueva esposa con el jerez español de reserva adquirido especialmente para el memorable día. «Elijo el agua pura de Dios», se le oyó decir, quizás de forma algo sonora, al tiempo que un delicado perfume a lavanda se revelaba en el aire; no obstante, todos se sentían aliviados porque se trataba de un hombre de Dios de gran atractivo y fragante aroma; y puesto que los caminos de Dios eran

inescrutables, siempre era útil contar con uno de sus representantes en la familia. El Wentwater Echo publicó palabras de elogio sobre la boda del nuevo vicario, junto a la noticia de un accidente de carruaje en la localidad; se reprodujo igualmente en la misma edición uno de los sermones de Horatio Harbottom, y (al igual que otras prédicas religiosas) se puso a la venta. La condesa de Pugh (informaba asimismo el Wentwater Echo) se había lanzado corriendo a voz en grito por la calle principal de Oxford ataviada con su camisón, llorando por sus hijos, y había sido trasladada al manicomio de Bedlam. El resto de noticias consistía en comunicados de la Marina sobre la guerra contra el general Bonaparte.

En la plaza del mercado de Wentwater un solitario disidente de la Iglesia de Inglaterra hablaba de Dios subido a un pequeño taburete.

Si las dos primas albergaban reservas acerca de la elección de cónyuge realizada por la otra, éstas no fueron desveladas; puesto que ambas se querían de todo corazón y sólo deseaban la felicidad de la otra.

En Vow Hill, hacía tiempo que los ancianos habían dejado de lado sus pequeños telescopios; ahora pasaban los días de invierno sentados frente al fuego y esperando vivir para ver otro verano, y quizás volver a vislumbrar la juventud, la alegría y algún lozano tobillo, todo lo que antaño conocieran.

UNO

DE NIÑA, ROSETTA HALL, HIJA DE UN HÉROE DE LA MARINA, el almirante John Hall, creía que le habían puesto ese nombre por una princesa de un cuento infantil: la princesa Rosetta, que se casó con el rey de los Pavos Reales y vivieron felices y comieron perdices... Su padre le leía el cuento una y otra vez. La princesa Rosetta padecía muchas adversidades antes de casarse con el rey de los Pavos Reales —como ser perseguida por mar y tierra por una malvada bruja—, pero cada vez que un viejo marinero la salvaba (con la ayuda del perro de la princesa, que tan solo tenía una oreja), la pequeña de ocho años suspiraba con sincero alivio; y cuando la princesa Rosetta armaba al viejo marinero caballero de la Orden del Delfín y vicealmirante del Mar, Rose solía hundir su rostro en la casaca de su padre en señal de agradecimiento y regocijo. «¡Soy yo! ¡Soy yo!», decía a gritos, puesto que sabía que ella se llamaba Rosetta y su padre era almirante de la Marina. Era tal su deleite al imaginarse a sí misma de princesa que su padre no podía sino esbozar una sonrisa.

A pesar de las muchas palabras complejas que escapaban a su comprensión, de vez en cuando su padre le leía fragmentos

de los periódicos y revistas que descansaban en su amplio escritorio de Brook Street, junto a los mapas y los documentos oficiales y el papel apergaminado y las plumas y la tinta y la caja de puros y el reloj de Génova, el cual, según Rose, repicaba en italiano. Entonces, se escuchaba el frufrú de las faldas de su madre y el ruido de otros caballeros de la Marina entrando en la habitación, con sus casacas azules (a menudo traían golosinas para la pequeña); y llevaban a Rose a la planta de arriba, al salón amplio y soleado donde su madre tenía su propio escritorio, un escritorio de caoba con plumas y escribanías y un cajón secreto; un escritorio que podía convertirse, como por arte de magia, en una mesa de juego. Y fue allí donde, mientras los rayos de sol penetraban por los ventanales, los caballos trotaban sobre el empedrado tirando de carros y carruajes, y los vendedores pasaban con el estrépito de sus puestos ambulantes gritándose unos a otros y pregonando sus mercancías, Rose cogió una pluma por primera vez y, con la ayuda de su madre guiándole la mano, esbozó unos trazos extraños y peculiares que formaban la letra R.

—Estamos dibujando en el salón —dijo Rose feliz.

—No, esto no es dibujar —contestó su madre sonriendo—. Te estoy enseñando a escribir. Esto es escribir, hacer palabras.

—Escribir, hacer palabras —repitió Rose con admiración.

A veces, al inclinarse sobre el papel, de la casa de al lado les llegaba la música de un clavecín, confundida entre pregones, gritos y relinchos. Así pues, en su memoria, la música del clavecín se asoció con la aventura de aprender a escribir. Pronto empezó a esperar ansiosa que llegara el día siguiente; era todo tan natural, tan sencillo y fascinante que no fue hasta más tarde cuando Rose se percató de que muchas personas no sabían leer ni escribir y que los sirvientes de Brook Street entin-

taban sus pulgares para estampar su huella. A Rose enseguida se le ocurrió crear sus propias huellas, mas no la R, la O, la S y la E que su madre trazaba.

—¿Por qué no puedo escribir así, mamá? —preguntó dibujando una rosa diminuta. Su madre se quedó perpleja—. ¡Soy yo, Rose! —exclamó la niña con impaciencia señalando su dibujo, sorprendida de que su madre no lo viera a la primera.

Entonces dibujó una bella figura con forma de estrella.

—Pero eso no es *escribir*, no significa nada —objetó su madre entre risas—, aunque ciertamente es muy bonito.

—Sí que significa algo —insistió Rose—. Para mí, la estrella significa «mi mamá», porque eres bonita como una estrella. Es mi escritura. Escribo a mi manera.

A su lado a veces se sentaba Mattie, la doncella, que alentada por los padres de Rose también aprendía a escribir.

La pequeña empezó a escribir a toda clase de personas: a los caballeros del Ministerio de Marina en Somerset House que le llevaban golosinas; a su prima Fanny Hall en Baker Street y a la madre y al padre de Fanny; y cada vez que la madre de Fanny daba a luz a otra niña, Rose le escribía para dar la bienvenida al mundo a la recién nacida (y extrañamente las recién nacidas siempre contestaban, con la caligrafía redonda y segura de su tía). Rose preguntaba a su madre si ellas también podían tener más bebés pero su madre, con rostro apenado, contestaba que no podían (Rose y Fanny pensaban tener muchos y muchos niños). Un día su madre la llevó a una librería, y Rose se enamoró de inmediato del olor de los libros y el papel y la tinta india y los cuadernos y los libros de cuentas y los mapas.

Su madre le compró uno de los cuadernos y enseñó a Rose a escribir un diario: debía registrar todo lo que hacía y leía. Se sentaba en el escritorio de su madre y veía cómo los trazos brotaban de su propia pluma sobre los folios. Incluso

entonces nunca consideró las palabras como algo ordinario, sino que las contemplaba asombrándose siempre por ser capaz de, con tan solo desear que su mano obrara al dictado de su cabeza, trasladar al diario todo lo que quería. «Fuimos a patinar a Hyde Park», escribía, y luego admiraba absorta los trazos sobre el papel que le hacían visualizar de nuevo el hielo, y al hermano y a las hermanas de Fanny deslizándose a gran velocidad. Apenas podía pronunciar palabra al intentar transmitir su asombro, y daba patadas al escritorio de caoba en su afán de expresarse con claridad. «¿Cómo sucedió? ¿Cómo se les ocurrió a las personas... hacer que los signos fueran de sus cabezas al papel? ¿De quién fue la idea? ¿Quién decidió que un signo querría decir una cosa y no otra? ¡Es lo más extraño que jamás ha pasado por mi mente!», y al final tenían que recostar a Rose que parecía visiblemente turbada.

Al día siguiente volvía al ataque, dando puntapiés al escritorio, intentando expresarse. «Escribir es... escribir es mejor que hablar, mamá —afirmaba— porque cuando hablas, enseguida se olvida todo, pero aquí, en mi diario, o en las cartas que escribo a Fanny, se quedará para siempre». Su madre sonreía, calmando las agitadas piernecitas de su hija. Rose volvía a intentar expresar un pensamiento. «Con estos signos especiales de mi diario estoy escribiendo nuestra historia, mamá». Y entonces, por fin veía claro el pensamiento. «¡Estoy escribiendo nuestra vida!».

Y siempre, cuando escribía sobre su madre, trazaba una estrella.

Empezó a aprender francés y observó que la mayoría de los signos, es decir, las letras, eran iguales pero significaban cosas distintas y producían sonidos diferentes. Su pequeño cerebro le dolía de verdad cuando se llevaba largo tiempo reflexionando sobre cómo era posible aquello.

Su padre, intrigado por la rara curiosidad de su hija, le mostró la escritura tan distinta de los griegos, con signos distintos que originaban letras completamente distintas. Las contempló fascinada. Su padre le tradujo algunas palabras; le habló de tierras extrañas así como de lenguas extrañas. Le dejó darle una calada a su puro, saborear el café que había traído de Turquía; acercó el mundo a su estudio de Brook Street. Y un día sacó un libro muy viejo, y por primera vez le enseñó los jeroglíficos intraducibles del antiguo Egipto. Rose miró atentamente los extraños dibujos. Había distintas clases de pájaros: uno parecía una lechuza, otro un halcón. Había un abejorro; trazos rectos y espirales; un pequeño león tumbado. Un signo parecía un pie, otro un lindo pato, otro un escarabajo.

—¿Qué es Egipto? —inquirió Rose contemplando los bellos dibujos. El hombre reflexionó durante lo que a ella le parecieron horas.

—Egipto es una de las civilizaciones más antiguas de la historia universal. En Egipto, todavía se pueden encontrar escritos sobre viejas piedras y antiguos papeles egipcios hechos con tallos de papiros. En sus escritos —decía su padre— los tiempos remotos nos hablan. Aunque no podemos oírlos.

Y Rose repetía fascinada una y otra vez: «los tiempos remotos nos hablan».

Finalmente anunció:

—Me gustaría ir a ver esos tiempos remotos que nos hablan. ¿De verdad los has visto, papá? Me refiero... no solo en este libro.

Su padre le dio una profunda calada a su puro; el aroma del tabaco envolvió la habitación.

—Hace muchos años —dijo—, cuando era un joven cadete, zarpé rumbo a Egipto —abrió un atlas y trazó la ruta a través de los océanos; Rose tenía los ojos como platos del asom-

bro—. Acababa de alistarme en la Marina... fue mucho antes de conocer a tu mamá. Egipto era un lugar exótico y bello, pero tan raro y... curioso. El cielo era del azul más intenso que existe, muy diferente del de aquí, y había voces que emitían reclamos durante todo el día, haciendo llamamientos para rezar a su Dios, distinto al nuestro. Era muy... extraño y perturbador. Había arena por todas partes, millas y millas de solitarios desiertos interminables que se perdían en el horizonte —a Rose le pareció que su padre se había quedado completamente ensimismado—. A lo largo del río Nilo se respiraba el aroma a naranja y... menta, me parece que era. Un comerciante nos llevó en un barco de vela por el Nilo hasta un hermoso pueblo llamado Rosetta.

—¿*Rosetta*? —el hombre le sonrió, y durante un rato observó su puro sin pronunciar palabra—. ¿Se llamaba Rosetta? —volvió a preguntar perpleja—. ¿Rosetta?

Por fin su padre confesó:

—Resulta que es de ahí de donde viene tu nombre, querida. De ese precioso pueblo. Ibas a ser nuestro único hijo, así pues, queríamos ponerte un nombre muy especial. Pero estabas tan cautivada por el cuento de la princesa Rosetta y su rey de los Pavos Reales que no nos atrevíamos a decirte que no tenía nada que ver con eso.

—Oh, papá —murmuró Rose, que apenas cabía en sí de gozo—. ¡Cuéntame más cosas sobre Rosetta!

Su padre dejó escapar un leve suspiro, casi sin darse cuenta.

—Por supuesto, esto fue hace muchísimos años... Por aquel entonces, no había tantos extranjeros que viajaran hasta allí, nosotros éramos una rareza. Los egipcios eran afables, reían y gritaban y agitaban los brazos. Nos trataban con mucha amabilidad. Rosetta era un pueblo pesquero próximo a la de-

sembocadura del Nilo, que es el río que fluye a través de Egipto y se extiende hasta el corazón de África —y señaló sobre el atlas dónde estaba Egipto, y Rosetta, y el recorrido del Nilo—. Recuerdo que había magníficas mezquitas (que es como llaman allí a sus iglesias), árboles frutales que crecían por todas partes y norias que sacaban agua del río para regar los campos. Y las mujeres escondían sus rostros tras los chales —y añadió lentamente—: salvo sus hermosos ojos —volvió a quedarse callado. Rose deseaba formularle un centenar de preguntas pero por una vez permaneció callada: de alguna manera comprendió que debía esperar. Y su padre, con la mirada perdida en Brook Street prosiguió—: en Rosetta, una calurosa mañana, al alba, en un montículo junto al río, vi a un grupo de árabes, con amplios vestidos y turbantes, triturando granos de café en un enorme recipiente de piedra, con grandes mazos de piedra.

—¿Qué es un mazo?

—Es como una pesa grande con un mango largo. Y junto al recipiente que contenía los granos de café había un anciano sentado con las piernas cruzadas cantando una extraña canción... distinta a nuestra música —a Rose le parecía que su padre la estuviese escuchando—. Los árabes con los mazos estaban sobre el montículo, triturando los granos de café desde arriba. Me quedé observando junto al recipiente, cuando, de repente, como si hubiese aparecido de la nada, vi un pequeño brazo moreno dentro del recipiente, ¡que se había introducido por un agujero del lateral! Obviamente parecía que los enormes mazos estuviesen a punto de aplastarlo al bajar, sin embargo, el anciano empezó a cantar muy rápido... y los mazos se levantaron. Así que el bracito quedó fuera de peligro. Es lo más asombroso que he visto en toda mi vida. El niño a quien pertenecía el brazo debía meterlo dentro para remover el café triturado y revolver los granos. Y cuando el anciano cantaba a un

ritmo rápido, los hombres de arriba levantaban los mazos; cuando cantaba lentamente significaba que el niño había retirado del todo la mano y podían bajarlos de nuevo y seguir triturando los granos de café.

Rose permanecía en silencio, increíblemente embelesada.

—El sonido de un canto árabe... se sumerge en tus sueños cuanto estás lejos de tu hogar. Y los hermosos ojos de las mujeres. Y el sonido de las norias de madera, el armónico crujir producido por los búfalos dando vueltas y más vueltas con los ojos tapados —por fin, el hombre volvió en sí, a Brook Street, junto a su hija Rosetta—. Y vi esos escritos, los jeroglíficos, con mis propios ojos, Rosie. Si bien, la antigua cultura egipcia ha estado oculta durante miles de años, y las columnas y estatuas yacen derrumbadas sobre la arena, olvidadas, cubiertas de escritos cuyo significado ya nadie, en ninguna parte, podrá conocer.

—¿Es la escritura más antigua del mundo entero?

—Tal vez sí. Todas y cada una de las cosas que vimos eran tan antiguas: las costumbres, las columnas, hasta la tierra... Me sentí casi... —dijo intentado encontrar la palabra justa—, me sentí como si estuviera... dentro de la Biblia.

Pero Rose no le entendió.

—¿Por qué ocultan su cara las señoras?

—Es su costumbre.

—¿Por qué?

—Hay personas que tienen otra forma de vivir distinta a la nuestra, querida. No somos los únicos seres de la tierra.

—¿Por qué les tapaban los ojos a los búfalos? ¿También es su costumbre?

—Les tapaban los ojos para que no se mareasen. Caminaban en círculos sin cesar haciendo que la noria funcionase du-

rante todo el día para regar los campos, y la rueda crujía y cantaba al girar.

—Papá, ¿podremos ir a Rosetta algún día? ¿A mi lugar? Apenas podía respirar, ansiosa por oír la respuesta.

—Quizás, mi niña —contestó—. Quizás algún día— volvió a suspirar, aunque el suspiro parecía provenir de un tiempo pasado—. Está lejos, y es muy, muy diferente de nuestro país. Pero... —sonrió a su hija—, quién sabe lo que nos depara el futuro. Tal vez algún día vayamos a Rosetta, si los sueños se hacen realidad.

Era demasiado pequeña para pensar que se estuviese refiriendo a otros sueños que no fuesen los de ella. Y el almirante, por lo general harto riguroso con sus documentos de la Marina, le dejó pintar una rosa, su seña personal, en su mapa, sobre Egipto, sobre el puerto de Rosetta, donde confluían el río y el mar.

—Papá —dijo por fin Rose—, alguien hizo todos esos escritos aunque ahora estén destrozados. Sobre las piedras y las cosas pero escribió, igual que yo escribo en mi diario. Estaban escribiendo su vida.

—¡Ah!, pero no hemos hallado la clave —contestó su padre.

Su padre y sus compañeros de casacas azules estaban a menudo en la mar. Mientras estaba fuera, su esposa y la madre de Fanny llevaban a Rose y Fanny —y a veces al hermano mayor y a las hermanas pequeñas de Fanny—, a jugar al parque, a las nuevas galerías, a las bibliotecas circulantes y a las salas de conciertos que abrían sus puertas por todo Londres; incluso una vez las llevaron a un nuevo circo donde las bestias rugían y bailaban, y los hombres y las mujeres caminaban sobre cuerdas allá arriba en el cielo. Los acróbatas hacían furor. La parte favorita

de los niños de todo el espectáculo de los jardines de Vauxhall, de entre los músicos, los fuegos artificiales y los ilusionistas, eran Las Acróbatas Cantantes: unas hermosas damas envueltas en brillantes pañuelos que se deslizaban arriba y abajo por cuerdas o pilares mientras cantaban *Por donde quiera que camines* de Handel (la preferida de los niños, puesto que Handel había vivido en Brook Street), o los últimos temas de Schubert. Las Acróbatas Cantantes a menudo cantaban boca abajo (los niños tenían prohibido hacer esto en casa). A veces la familia iba a Greenwich, a ver el Observatorio, y los primos rodaban riendo cuesta abajo por Greenwich Hill, rebozándose en la hierba.

Brook Street fascinaba a todos los niños, no solo por Handel. Todos, hasta las primas más pequeñas, solían arrodillarse junto a los ventanales de la casa del almirante; observaban los caballos, los carruajes y los viandantes: hombres de negocio, comerciantes, vendedores ambulantes. Una vez, se quedaron atónitos al ver a un mendigo corriendo veloz como el viento, sin sus muletas. Por la noche, se quedaban dormidos con el ruido de las diligencias nocturnas o el alboroto de hombres cantando que regresaban de las tabernas o los cafés de vuelta a casa, o los gritos de los serenos. Fanny le hablaba a su querido amigo, Dios, y le rogaba que cuidara de los mendigos y vendedores ambulantes y les encontrara también un lugar donde poder pasar la noche.

Un día los llevaron a los muelles y hasta subieron a un barco de la Compañía de las Indias Orientales, y allí vieron al padre de Fanny firmar unos papeles. Impresionados, bebieron el té que les servían unos caballeros indios con turbantes, y en el aire flotaba el aroma a pimienta, a canela y al olor del Támesis, y vieron unas ratas gigantes; y todo ello quedó recogido en el nuevo diario de Rose.

Cuando Fanny, su hermano y sus hermanas regresaron a Baker Street, Rose se sintió sola y volvió a preguntarle a su madre si podían tener más bebés.

—No, no podemos —respondió su madre con rostro apenado.

—Bueno, yo tendré un montón de bebés —dijo Rose dando un puntapié a una silla, escuchando el silencio de aquella casa vacía.

En el dormitorio de su madre había un diván; sobre el diván, cuatro pequeños cojines. Rose colocaba los cojines debajo de la ventana y les leía el cuento de la princesa Rosetta y el rey de los Pavos Reales y Robinson Crusoe. Cada cojín tenía un nombre: Margaret, Elizabeth, Angel y Montague. A veces Angel acompañaba a Rose y a su madre a las maravillosas tiendas de Bond Street, y Rose le susurraba secretos.

Cuando el almirante regresaba de la mar, él y su hermano, el padre de Fanny, se llevaban a las familias de viaje al extranjero: a Alemania, España, Italia. El almirante pensaba que era importante que los niños viajasen, que comprendieran otras culturas, que tuvieran conocimientos de arte. (El padre de Fanny accedía de buen grado siempre y cuando no faltaran exquisítes y buen vino al final de la jornada).

Y sobre todo solían ir a Francia. Rose y Fanny sentían especial predilección por Francia; se repetían la una a la otra constantemente *La belle France*; se decían entusiasmadas que tan solo faltaban tres, dos, una noche, y que al despertar partirían de nuevo a *la belle France*, y se volvían locas de alegría cuando emprendían el viaje en dirección al mar. Francia era sinónimo de mujeres elegantes, de bulevares, del río Sena, del puente que lo atravesaba llamado Pont Neuf y de estar rodeadas de gente hablando francés. Rose se deleitaba contemplando indiscriminadamente los espléndidos vestidos a la última

moda y las espléndidas catedrales, anotando todo en su diario. Fanny, una niña más seria que su prima, leía efemérides y poesía y reflexionaba sobre el sentido de la vida incluso en París, incluso rodeada de hermanas pequeñas que no se soltaban de su mano o su vestido. «Fanny es la más reflexiva», decían los adultos. A menudo veían a esa pecosa y testaruda cabecita intentando dilucidar el sentido de la vida al tiempo que daba gracias a Dios —a quien conocía personalmente— por el mundo en que vivían. Rose, por el contrario, veía a Dios como un ser bondadoso que simplemente estaba ahí. Cuando Rose emergía de su alegría de vivir para meditar, era el sentido de las palabras y no el de la vida el que ocupaba sus pensamientos.

Hasta donde alcanzaba a recordar, sus padres siempre habían recibido visitas de su amplio círculo de amistades en Brook Street. Solían sentarse en el salón, a la luz de las velas que dibujaban sombras sobre las blancas paredes y los retratos de Rose, sus padres y los padres de sus padres. Y conversaban.

Al principio se trataba de un murmullo de voces, adultos que dedicaban una sonrisa a la pequeña antes de irse a la cama; luego, le dejaron (y a Angel también) quedarse a escuchar: caballeros de la Marina, hombres con chalecos, ancianos con pelucas cortas de pelo blanco, hombres jóvenes con el pelo recogido en una coleta, jovencitas con rizos, ancianas con gorros blancos en la cabeza. Rose siempre recordaba a una mujer con un gorro blanco llamada *miss* Proud. («¿Es orgullosa, mamá? ¿Por eso se llama *miss* Proud¹?», susurró Rose, y su madre respondió: «Si yo fuera ella me sentiría orgullosa de mí misma: ha viajado por todo el mundo y escribe libros») y Rose miró a esa anciana con gorro blanco con renovado interés. La señorita Proud leía libros con tal avidez que al inclinarse sobre ellos pa-

¹ «*Proud*» significa «orgulloso, sa» en inglés (*N. de las T.*).

recía estar casi devorándolos. En varias ocasiones la habían acompañado a la salida de la biblioteca circulante de Hanover Square a la hora de cerrar mientras ella se disculpaba; de nuevo la última clienta. Una vez, una noche de verano, hasta se quedó encerrada. El librero tenía prisa por marcharse, así que se saltó la sección de mapas mientras comprobaba que no quedase nadie. (La señorita Proud relataba su aventura con placer, pues decía que para ella había sido un privilegio dormir en compañía de tantos libros). Adquirió conocimientos extraordinarios. Jóvenes poetas y escritores la visitaban con frecuencia para charlar hasta perder la noción del tiempo. Uno de sus hermanos era amigo del joven poeta William Wordsworth; su hermano trajo a Wordsworth y Wordsworth trajo a Coleridge y a Southey. Sus charlas versaban sobre poesía, revolución y política. Solían beber té, charlar y discutir, y de repente, ya eran las dos de la mañana y al final los jóvenes se marchaban de madrugada, hablando en voz baja, con linternas para iluminar el camino de vuelta a casa.

En el salón de Brook Street se discutía sobre todos los temas, sobre el nuevo mundo en expansión, totalmente apasionante: libros, *Los derechos del hombre*, la nueva ciencia de la electricidad, teatro, las antípodas, la educación femenina, Dios, la monarquía, los evangélicos, los telescopios, los microscopios, los viajes en globo, los unitarios, astronomía, filosofía, música, la razón. Rose conocía todas estas palabras antes de cumplir los diez años (mas no siempre sus significados). A veces hablaban sobre la avalancha de libros que estaban empezando a publicarse y toda esa nueva frívola literatura de ficción: ¿acabaría la gente leyendo únicamente bazofia y olvidarían las grandes obras indispensables para la educación? ¿Habría en el futuro universidades para las mujeres? Los ojos de su madre centelleaban cuando acostaba a Rose en su cama: «Mi pequeña, eres tan afor-

tunada de crecer en este excitante nuevo mundo», y en el dormitorio permanecía flotando el cálido perfume inconfundible de su madre, que le llegaba junto con la luz parpadeante de las lámparas del pasillo y el murmullo de voces de la planta baja a medida que iba quedándose profundamente dormida.

Tanto Fanny como Rose sufrieron una conmoción y se sintieron terriblemente enojadas al enterarse de que una revolución se había abatido sobre Francia y comprender que ya no podrían volver; en cambio, el almirante les explicó cuán importante era que todos los hombres fueran libres: «Puede que mientras dure limite nuestros viajes, pero es por una buena causa: la libertad, igualdad y fraternidad de los hombres», y Rose le daba vueltas y más vueltas en su cabeza a esas palabras, «libertad», «igualdad» y «fraternidad de los hombres», y conversaba con Margaret, Elizabeth, Angel y Montague sobre esas cuestiones.

No obstante, las jovencitas que ya sabían leer, como Rose y Fanny, no podían obviar todas las referencias que hacían los periódicos, no ya a la libertad e igualdad sino a los derramamientos de sangre, el terror y los asesinatos perpetrados en su amada Francia. Se hablaba de un francés chiflado llamado Napoleón Bonaparte y de la guerra, y Richard, el hermano de Fanny, se alistó en el ilustre ejército de Su Majestad Británica y se enfundó una casaca roja. Mattie, la doncella, se mudó a Brook Street, ya que su esposo, Cornelius Brown, había sido llamado a filas. El almirante volvió a hacerse a la mar. Rose y su madre lloraban; volvían a llorar cuando regresaba sano y salvo de otra misión; lloraron sobre todo, llenas de júbilo, cuando se decidió que debía quedarse en Londres, donde sus aptitudes y conocimientos resultaban indispensables para el Ministerio de Marina. Las amistades seguían visitándolos, el salón seguía abarrotado de conversaciones. Rose escuchó numerosas discusiones acaloradas sobre el rumbo de la revolución; lo sangrien-

ta que se había tornado; si un republicano podía ser considerado un traidor ahora que Francia había declarado la guerra a Inglaterra. A veces, voces exaltadas proseguían discutiendo hasta bien entrada la noche.

En el diario de Rose, las letras empezaron a bailar y verse borrosas. Tras consultar a un doctor, se llegó a la conclusión de que leía demasiado. Se podían encontrar unas pequeñas lentes de aumento en Dickens y Smith, según dijo el doctor, pero solamente podían usarse una hora al día habida cuenta del daño que causaba a los ojos. «Una hora de lectura al día», reiteró serio. Rose le miró con una expresión vaga, como si el doctor no estuviera allí. La primera semana que usó las lentes, primero le prendió fuego a la sábana al intentar escribir en su diario tumbada sobre la cama a la luz de una vela; luego a un mantel de damasco cuanto intentaba leer *Robinson Crusoe* a hurtadillas debajo de la mesa grande del comedor.

El marido de Mattie, Cornelius Brown, al igual que otros tantos marineros de su mismo barco, no regresó a Inglaterra, aunque por lo visto tampoco había muerto. Se había ido a recorrer el resto del mundo.

—Vaya canallada le ha hecho a su madre —profirió Mattie indignada.

—Vaya canallada le ha hecho a la Marina —sentenció el almirante con suma gravedad—. Ha traicionado a su rey y su patria, Mattie. En su historial ahora figura una P tras su nombre: de prófugo. Lo lamento, Mattie, pero el castigo para los hombres que como él desertan es la horca.

Rosetta emitió un grito ahogado y miró a la pobre Mattie.

—Bien —dijo Mattie—, de veras lo siento mucho, señor —con todo, sabían que la doncella estaba convencida de que nadie le echaría el guante a Cornelius Brown, parecía incluso estar sonriendo—. Puede decirse que también ha desertado de

mí, pero ya le había advertido que yo no iba a tener trece criaturas como tuvo su madre, ¡ni loca! Así que espero que encuentre una muchacha a su medida en alguna tierra lejana para que cumpla con su deber —dicho esto empezó a limpiar la mesa, y entonces anunció—: aunque se las verá conmigo por lo que ha hecho, ¡vaya si lo hará!

Sin embargo, no parecía excesivamente disgustada, observó Rose; más bien murmuraba para sus adentros y ponía cara de quedarse pensativa.

Al principio, cuando la esposa del almirante, la querida mamá de Rose, a la que representaba una estrella, empezó a perder peso, aún mostraba interés por todo, aún esperaba ansiosa las veladas de Brook Street. Mattie intentaba hacerla engordar. Entonces vinieron los dolores. Comprendieron que algo en su interior la estaba consumiendo y que se estaba muriendo: en un año, la hermosa mujer a la que Rose siempre había pintado como una estrella, se había quedado delgada como un pajarito, con el rostro crispado por el inmenso dolor. No podían ayudarla, no podían aliviarlo, no podían soportarlo. Al final, con la ayuda de un competente doctor, le suministraron opio. Intentaron no aferrarse a lo imposible, si bien, no podían evitarlo: «Mamá —decía Rose con lágrimas en los ojos— no puedes dejarnos». Pero una noche de verano en Brook Street, cuando Rose tenía quince años y sobre el crepuscular cielo azul se recortaba la sombra de los ruiseñores que emprendían el vuelo de regreso a los árboles de Hanover Square, gracias a Dios, el dolor, la angustia y el horror cesaron, y por último, la hermosa mujer los dejó.

El almirante lloró. «Al menos te tengo a ti —le dijo al fin a Rose, viendo cuán afligida estaba su hija por sus lágrimas—. Tu mamá perdió a muchos bebés; por eso significabas tanto para nosotros».

En el funeral, Rose y Fanny se abrazaban con fuerza mientras las lágrimas surcaban sus párvulas mejillas. Jamás habían pensado que sus seres amados no vivirían para siempre.

Era la primera vez en su vida que Rose experimentaba dolor, tristeza y sentimiento de pérdida, y de sus manos cayó la última, hermosa y brillante estrella, para que fuera enterrada junto a su madre. Escuchó el silencio de la casa, y juró tener tantos niños que nunca jamás volvería a vivir en una casa vacía.

Y entonces conoció al capitán Harry Fallon, vizconde de Gawkroger, en un baile cerca de Vow Hill, y Fanny al reverendo Horatio Harbottom en la biblioteca circulante de Hanover Square.